



Como estrella gentil de la mañana surge de
Nazareth la Niña pura.

La dulce Niña que en edad temprana llegó en
amor a incomparable altura.

Su belleza es sin par; de su alba frente
desciende en bucles su cabello de oro, más
hermoso que el sol resplandeciente, con más
ondulación que el mar sonoro.

Cuna de perlas es su dulce boca, y lecho de coral
sus labios rojos, y sabe traspasar la dura roca
con sólo una mirada de sus ojos.

Pues esos ojos cándidos y bellos miran al
pecador con tal cariño, que arrepentido se
prosterna ante ellos y se deshace en llanto
como un niño.

Su mirar regenera y fortifica: es tan casto, que
ante él huye el pecado. Es amor que engrandece
y santifica si de él el corazón queda inundado.

Por doquiera que va la Santa Niña se lleva en pos
de sí las voluntades.

Cómo hermocean sus galas la campiña cómo
alegra las tristes soledades.

El desierto del mundo, lo convierte en oasis de
paz y de ventura, si una sonrisa bondadosa
vierte por donde va, tan singular criatura.

Dichoso Nazareth que vio la aurora más
esplendente que en el mundo ha habido dichosa
la mansión encantadora que fue de tal paloma el
dulce nido.

Cuna feliz donde la Niña hermosa durmió su
primer sueño, acariciada por la mano potente y
generosa de todo un Dios que la hizo
Inmaculada.

Hogar bendito en que la luz del día rompió las
sombras de la noche oscura, cuando la Niña, la
sin par María al mundo vino a darnos la ventura.

Dónde habrán las virtudes florecido más que en
tu patria, hermosa nazarena, si allí fue el
huerto santo y bendecido donde brotó tan
cándida azucena.

Si allí se conocieron y se amaron cuando al nacer
les diste tú la vida, y desde entonces por
doquier brotaron al calor de María recién
nacida.

Al nacer tú, nació la fe bendita faro de luz del
hombre desterrado, y con ella el amor, y la
Infantita esperanza en Jesús Crucificado.

Brotó en tu cuna la humildad sublime que a la
criatura eleva y purifica.

Sólo virtud que salva y que redime, que al
corazón levanta y santifica. Sobre todas,
la límpida pureza floreció en tomo de tu santa
cuna, y dio realce a tu sin par belleza, ángel de
luz, y casta cual ninguna.

Hoy te ofrezco unos nardos perfumados mas no
tanto cual tú, Virgen María. Permítele a mi amor
que colocados los deje a tus piecitos, Niña mía.

y el aroma que exhalen, de tu cuna convertido
en plegaria suba al cielo, y desde allí desciendan
una a una bendiciones sin fin por este suelo.